

Testigos de Jesús al toque de la sexta trompeta

(Ap 11,1-14)

Claudio Bedriñán¹

Resumen

El artículo contextualiza y analiza exegéticamente Ap 11,1-14, aplicando a los dos testigos ahí mencionados a quienes ofrecieron sus vidas en la lucha contra la pandemia del COVID 19. Valiéndose de la polivalencia del símbolo utilizado por el Libro busca una hermenéutica aplicativa al momento actual. El proceso de simbolización no solo se observa en la terminología sino también en la sucesión de tiempos verbales que rompe con la serie normal de pasado, presente y futuro. Los dos mártires expresan una realidad que está a mitad de camino entre un hecho exclusivamente individual y una generalización universal; ellos expresan una postura abierta a la trascendencia divina, manifestación del Reino de Dios, en contraposición a un sistema cerrado y egoísta. Se trata de reconocer y agradecer a los que defendiendo la vida combatieron en primera línea al virus.

1 El autor es Doctor y Licenciado en Teología Bíblica por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Actualmente es profesor estable de la Facultad de Teología del Uruguay, impartiendo los cursos de Introducción al Apocalipsis, Exégesis del Apocalipsis, Teología de la Misión en los Evangelios sinópticos e Introducción a la Carta a los Hebreos. claudiobedrinan@gmail.com

1. Motivación

Quiero rendirles un homenaje de reconocimiento y agradecimiento a tantas personas que se destacaron a nivel mundial por ofrecer sus vidas por sus semejantes en el contexto de la pandemia del COVID-19 que está asolando a nuestro mundo en este año 2020.

El libro bíblico del Apocalipsis se ofrece a los cristianos como ayuda para discernir el momento histórico que les toca vivir. La comunidad cristiana a la luz de su fe en Cristo tiene la obligación de interpretar la situación que vive en cada tiempo y lugar, a la luz de la Revelación.

La propuesta surge de un texto simbólico del Apocalipsis (Ap 11,1-14) que menciona a dos testigos², imposible de identificar, por eso mismo apropiados a ser utilizados como un símbolo de todos aquellos que con su vida dieron testimonio, más o menos explícitamente, de la fe en la resurrección de Cristo, ya que el sacrificio existencial de una vida ofrecida asocia a toda persona al sacrificio salvador de Jesucristo. Como establece el concilio Vaticano II: *“Ni el mismo Dios está lejos de otros que buscan en sombras e imágenes al Dios desconocido, puesto que todos reciben de Él la vida, la inspiración y todas las cosas (ver Hch 17,25-28), y el Salvador quiere que todos los hombres se salven (ver 1Tim 2,4) (LG 16).*

2. El contexto

Ubiquemos el texto que vamos a ir comentando en el conjunto de toda la obra apocalíptica. En la segunda parte del libro de los siete sellos, después que se rompen cada uno de los sellos que mantiene oculto el plan de Dios sobre la humanidad, suenan en su tercera sección las trompetas divinas anunciando las advertencias a la humanidad por alejarse de su alianza de amor por la infidelidad. Cuando el sexto ángel del Señor suena su trompeta (9,13), un águila que volaba en lo más alto del cielo (ver 8,13) gritó de dolor exasperando hasta el extremo la tensión de la situación vivida por la humanidad. Así, respondiendo a las oraciones de los santos, la intervención de Dios en la historia asume un nuevo aspecto, aunque siempre con la misma finalidad: castigar a unos y resguardar a otros.

2 El episodio de los dos testigos, tiene la importancia de una nueva profecía (ver 10,11) hecha por los hombres en la situación “preescatológica”, antes de que se cumpla definitivamente el plan de Dios.

Las trompetas³ sólo aparecen en esta sección y suenan siete veces afectando a la “tercera parte” de la creación, de las cuatro partes que componen la totalidad de la realidad en alusión a los cuatro puntos cardinales. El empujón para que Dios actúe en la historia adversa la dan la “oración de los santos” que provocan el desarrollo del septenario (ver 8,1-6); constituyendo un elemento teológico que caracteriza el dinamismo hacia delante de la historia de los hombres.

Ante las intervenciones, tanto de Dios como de las fuerzas demoníacas, los hombres pueden reaccionar negativamente; no comprendiendo ni unas ni otras, permaneciendo en sus posiciones sin cambiar de conducta (9,20). A la intervención de las fuerzas demoníacas sigue la intervención de las fuerzas positivas: está expresado, primer lugar, por la aparición del ángel en 10,1-11; en segundo lugar, por el juramento solemnisimo de que el plan de Dios se lleva a cumplimiento (10,7); y, en tercer lugar, por la entrega del “pequeño libro” (10,8)⁴. El episodio de los dos testigos (11,1-14) con el que se concluye la sexta trompeta y el segundo “ay”, que representa probablemente el contenido del “pequeño libro”, expresa una serie esquemática de salvación obtenida superando las dificultades. La reacción de los hombres es positiva (11,13). Los otros fueron asaltados por un temor y dieron gloria a Dios.

En este contexto se lee el texto que nos proponemos comentar como reconocimiento a tantas personas más o menos anónimas del mundo entero que pusieron en riesgos sus vidas por ayudar a los afectados por ese virus maldito y muchos perdiendo sus propias vidas.

El texto de Ap 11,1-14 es “un pasaje difícil de entender – como explico en mi comentario al texto en la nota de la *Biblia de la Iglesia en América* – porque los dos testigos (nota a 9,13-21) y las imágenes empleadas son de interpretación muy discutida. Dios le ordena a Juan que mida el Templo, pues así podrá compartir la mirada que Dios tiene sobre la realidad cultural de los habitantes de “la Ciudad santa”, Jerusalén (11,2). A esta se opone la «gran Ciudad» (11,8), símbolo de las fuerzas adversas a Dios. Frente a ellas, los fieles al Señor encontrarán

3 El simbolismo de las trompetas expresa, como en el AT el sonido penitencial del *šofar*, el anuncio de una cercanía, de una presencia activa de Dios (ver también 1,10 y 4,1).

4 Comienzan a cumplirse en su totalidad los designios de Dios ya conocidos por los profetas y escritos en el Libro que solo el Cordero pudo abrir (5,1). Una vez revelados estos acontecimientos, Juan tiene que anunciarlos. Su conocimiento es dulce, pero su aceptación implica una laboriosa interiorización (10,9; ver Ez 2,8-3,3). No siempre el plan de Dios agrada a quien lo anuncia ni a sus destinatarios, y así lo experimentaron los profetas del AT (Jer 20,8-9). El triunfo de Dios llega por el sufrimiento, tal como se manifestó en la cruz de Jesucristo.

seguridad en la Ciudad santa; sin embargo, los que se quedan en el atrio estarán a merced de los enemigos de Dios (11,2), que por más que se esfuercen no acabarán con el pueblo fiel, porque Dios lo protege y la persecución tiene límites: durará tres años y medio (11,2.3; 12,6.14; 13,5), la mitad de siete, simbolismo aritmético que indica parcialidad⁵. En cada época, la asamblea debe identificar a los dos testigos u olivos, que en Zacarías son Josué, sumo sacerdote, y Zorobabel, gobernador de Judá (Zac 4,3.11-14)⁶. “Se trata, según parece, de personajes de la historia bíblica que, por encarnar los valores de Dios, son constituidos en dirigentes de su pueblo. La apocalíptica judía los identifica con Elías y Henoc o Elías y Moisés; en la tradición cristiana podrían ser la Iglesia y los apóstoles o Pedro y Pablo. La realidad última, la que se impondrá, no será la muerte, sino la vida en virtud de la soberanía de Dios”⁷. Así concluye el segundo grito de dolor (Ap 11,14: «¡Ay!») con una personificación literaria. La que brinda una fisonomía de amenazas vivientes, confiriendo un dramatismo creciente al relato⁸.

El proceso de simbolización del texto no solo se observa en la terminología usada sino también en la sucesión de tiempos verbales que rompe con la serie normal de pasado, presente y futuro. Encontramos los futuros en el v. 3: “enviaré”, “profetizarán”; en el v. 7: “hará”, “vencerá”, y “matará”. Los presentes en el v. 9: “contemplan” y “no permiten”, en el v. 10: “se alegran”, “festejan” e “intercambian”. Los pasados en el v. 11: “pasaron”, “se pararon”, “temieron”, en el v. 12: “oyeron”, “subieron”, “vieron”, en el v. 13: “perecieron”, “temieron”, “glorificaron”. El autor presentando, así, en este orden los tiempos verbales nos orienta a elevarnos del límite irreversible del tiempo y nos sitúa en un tiempo ideal fuera de la historia, para poder aplicarlo a la situación que la comunidad

5 La insistencia particularmente acentuada sobre los números que expresan parcialidad y limitación (“cinco meses”: 9,5; “cuarenta y dos meses”, la mitad de siete años: 11,2; “la décima parte de la ciudad”: 11,13) y sobre las fracciones (“un tercio”) sugiere una cierta idea de parcialidad, que es característica de toda la sección: es la historia de la salvación en la alternancia de sus acontecimientos, vista en su desarrollo pre-escatológico.

6 Ver Kenneth A. Strand, «The Two Olive Trees of Zechariah 4 and Revelation 11», *AUSS* 20 (1982): 257-61.

7 CELAM, *Biblia de la Iglesia en América*, (Washington DC: PPC, 2019), *ad loc.*

8 Surgen dos expresiones literarias características. Una indicación temporal: 42 meses (11,2b); 1260 días (11,3b); por tres días y medio (11,9b); tres días y medio (11,11a); y en aquella misma hora (11,13). Una indicación topográfica: la ciudad santa (11,2a); sobre la plaza de la gran ciudad (11,8a); la décima parte de la ciudad (11,13b). Estas dos indicaciones, unidas en conjunto, sugieren una homogeneidad literaria de toda la perícopa y subrayan el aspecto espacio-temporal, intrahistórico, de su contenido.

cristiana vive en cada tiempo concreto⁹. Y eso es lo que intentamos nosotros ahora. En las traducciones es casi imposible mantener este orden para poder hacer más comprensible el texto.

3. Análisis del texto bíblico

¹ Me dieron después una vara de medir parecida a una caña y me ordenaron: «Levántate, mide el Templo de Dios y el altar y cuenta el número de sus adoradores.

La atención de este primer versículo recae sobre la acción de medir. Desde el cielo, no se explicita quién sea (Dios, Cristo o el ángel que habla), pero se supone, viene la orden de medir el templo de Dios, su altar y los que ahí rinden culto. Además, se le da algo parecido a una caña, como un bastón largo, para que pueda realizar la acción. Medir significa tomar conciencia de las proporciones para calcular todo lo que se debe proteger. Midiendo se descubre lo analizado. Se trata de hacer coincidir las dimensiones humanas con las divinas¹⁰. Esta es la acción fundamental: Dios viene en auxilio de su pueblo a pedido de las oraciones de los santos (ver 8,1-6). Para cumplir el acto de medir se invita al autor a “elevarse” conmoviéndose.

Los profetas Ezequiel¹¹ y Zacarías¹² ya habían realizado acciones similares y en ellos se inspira el autor del Apocalipsis para simbolizar esto. Con la certeza de que al igual que Dios obró en la antigüedad lo seguirá haciendo continuamente en el hoy.

² Deja aparte el patio exterior del Templo y no lo midas, porque ha sido entregado a las naciones, que pisotearán la Ciudad santa durante cuarenta y dos meses.

9 Ver Ugo Vanni, *Apocalisse di Giovanni II*. Ed. por Luca Pedroli, (Assisi: Citadella Editrice, 2018), 391-92.

10 Rob Dalrymple sostiene que la partícula copulativa, en Ap 11,1b, que introduce “el altar” y “los adoradores”, es epexegético y es mejor decir “mide el Templo de Dios *que es* el altar y sus adoradores”; «The Use of kai, in Revelation 11,1 and the Implications for the Identification of the Temple, the Altar, and the Worshippers», *Biblica* 87 (2006): 243-50. Retoma modificando la cuestión planteada por Marko Jauhianinen, «The Measuring of the Sanctuary Reconsidered», *Bib* 83 (2002): 507-26.

11 Ezequiel 40,3.5.35.47; 41,13; 45,2.3: mide Jerusalén, el templo y el altar.

12 Zacarías 2,5 mide Jerusalén.

Después de saber que Dios tiene el control y viene en auxilio de su pueblo, el versículo 2 plantea la confrontación, la hostilidad que padece el pueblo de Dios a manos de las fuerzas hostiles que pisotean en señal de desprecio, haciendo daño, a la ciudad Santa. Jerusalén es la ciudad que simboliza la convivencia de quienes quieren vivir el reino de Dios en esta tierra: será la novia y luego la esposa de Cristo el Cordero. Se opone a otra ciudad denominada Babilonia que concentra a todos los que se oponen a Cristo y caracterizada como una mujer malvada y corrupta.

Con la terminología cultural que se utiliza y la experiencia del templo de Jerusalén y del patio de los gentiles: se grafica las luchas y agresiones sufridas.

Se deja ver desde ya el consuelo con que Dios socorre a su pueblo sufrido, transmitiéndole una mirada de fe sobre la realidad por demás adversa. Aunque nuestra experiencia pueda llegar a ser dramática y asfixiante, Dios no nos abandona.

Las fuerzas hostiles se mueven según su propio plan, su propia lógica de mal, pero están siempre bajo el control de Dios. Algo que se destaca por el uso del pasivo teológico “ha sido entregado”, y por la indicación “cualitativa” – no cronológica –, según su simbolismo aritmético, de “42 meses”. Equivalen a tres años y medio, la mitad de 7: con lo cual se indica una “parcialidad”, lo opuesto de la totalidad simbolizada por el 7. Las fuerzas hostiles tendrán una preponderancia que, prescindiendo de su duración, será “imperfecta”, efímera y no definitiva. La experiencia del mal, por dura que sea, es pasajera.

Tenemos, uniendo en conjunto los dos versículos, un predominio de las fuerzas hostiles en relación al pueblo de Dios que llega a quitar todo lo que se refiere a su vida normal de cada día (la “ciudad” convivencia es pisoteada)¹³. Llega incluso a quitar al pueblo de Dios algunos elementos que le son más característicos, entrando en el ámbito de su sacralidad. Pero el predominio de las fuerzas hostiles no podrá llegar a quitarle al pueblo de Dios la capacidad de orar y de expresar su propio aspecto cultural.

³ Enviaré entonces a mis dos testigos vestidos de penitencia y profetizarán durante mil doscientos sesenta días.

Es una fórmula que expresa un encargo por parte de Dios, un don consecuencia del cual es la acción profética que los dos testigos desempeñarán. El

13 La idea de la profanación del templo, encuentra su motivación en: *Aquel día haré yo de Jerusalén una piedra de levantamiento para todos los pueblos: todos los que la levanten se desgarrarán completamente. Y contra ella se congregarán todas las naciones de la tierra* (Zac 12,3). *¿Por qué el enemigo ha invadido tu santuario, tu santuario han pisoteado nuestros opresores?* (Is 63,18) *Oh Dios, han invadido tu heredad las gentes, han profanado tu sagrado Templo; han dejado en ruinas a Jerusalén* (Sal 79,1).

testimonio de la vida que puede llegar al límite cruento del martirio es un don de Dios. Nadie muere mártir si Dios no se lo concede. No bastan siquiera las ganas que alguien en algún momento de exaltación pueda tener, sino que se trata de aceptar el don divino. El martirio es una gracia.

La acción profética que los dos testigos deberán cumplir es típica del Apocalipsis: como muestra la otra repetición del término “profetizar” (10,11), está en continuidad con aquella propia del autor, encargado de “profetizar de nuevo”. Dado que el autor se califica como profeta sobre todo por el hecho que, bajo el influjo del Espíritu, interpreta el mensaje de Dios sobre la historia (ver 10,7), la acción profética de los dos testigos estará en esta línea: expresarán a los hombres lo que Dios piensa de su historia, de sus acontecimientos.

Todo el texto presenta una simbolización constante en todos sus elementos: lo que sugiere un valor semántico particular que hay que atribuir a “dos”. Apreciamos una simbolización en relación incluso al número, los “dos” no se deben identificar con dos personajes reales. Los testigos profetizarán de manera existencial, no sólo con la palabra, que es el elemento más característico, sino con toda la vida en coherencia. De ahí que las vestimentas claramente tienen que mostrar la austeridad y la crudeza de la vida sufrida.

La falta de indicaciones precisas sobre un valor simbólico constante atribuido al número “dos” en la apocalíptica y en el Ap, impone una atención particular al contexto que sólo puede brindar alguna indicación útil que hay que precisar. Las indicaciones son estas: “dos” es más de “uno” y menos de “tres” y más. Se tiene una categoría que no es estrictamente individual pero tampoco extensible a todos. Si se hablase de un testigo en singular, se trataría de Cristo, cualificado con énfasis, “el testigo” (ver 1,5; 3,14) o bien de un personaje singular perteneciente a la historia, como Antipas (2,13); si se usase sólo el plural, haría pensar en todos los cristianos a nivel general, especialmente en los mártires (ver 17,6). “Dos” va más allá del personaje singular, Cristo o Antipas; y se queda corto respecto a una atribución general: se tiene una condensación, una concentración. Que la cifra simbólica “dos” referida a los testigos sea sugerida al autor por Dt 19,15 (*toda palabra estará en boca de dos testigos*: ver Jn 8,17) es poco probable, dado que no hay ninguna duda sobre la plena validez incluso de un solo testigo. Diríamos que no se aluden a todos los mártires de todos los tiempos sino a algunos, una parcialidad. Esta identificación corresponde a nosotros que, en esta oportunidad lo queremos aplicar a quienes brindaron generosamente sus vidas para aliviar el padecimiento de sus semejantes. Es una aplicación a nuestro hoy, sin pretender ni mucho menos, agotar su significado en nuestra situación actual.

Hay que notar finalmente que no se trata de “dos testigos” sino “de los dos testigos”: el artículo delante determina y especifica. La concentración, la condensación en una categoría entre el individuo singular y el colectivo genérico debe señalarse: el texto hace presión en esta línea. Si esta precisión y determinación no se tiene desde el vamos, en la mente del autor – eso implicaría un valor real y no simbólico de “dos” – deberá hacerse en el curso del discernimiento que están haciendo los oyentes o “sujeto interpretante”.

La indicación temporal es también muy significativa. Los 1260 días corresponden a tres años y medio e indican pues, la mitad de 7 (la totalidad), el tiempo de la parcialidad, de las pruebas. La distribución en días acentúa el hecho que ese tiempo, si bien breve cualitativamente porque está bajo el control de Dios, podrá ser sentido como largo, pesado y opresivo, en su cotidianeidad. Es la sensación de que el tiempo no transcurre nunca cuando uno está desesperado, cada segundo cuenta¹⁴.

El vestirse con ropa andrajosa, penitencial, indica una ruptura con el ambiente en el cual los dos testigos ejercen su acción profética. Es un rasgo típico de la tradición de la predicación profética del AT: *el Señor habló por medio de Isaías, hijo de Amós, en estos términos: «Quítate tus vestiduras y tus sandalias». Así lo hizo, y anduvo desnudo y descalzo (Is 20,2). Incluso el mismo rey de Nínive, apenas se enteró del asunto, se levantó del trono, se quitó el manto, se vistió con ropa de penitencia y se sentó sobre ceniza (Jon 3,6). ... todos deberán vestirse con ropa de penitencia e invocar fervientemente a Dios ¡Qué cada uno renuncie a su mal proceder y a la violencia de sus acciones! (Jon 3,8). Ver también 2Re 19,2 y Is 37,2.*

⁴ Estos son los dos olivos y los dos candelabros que están de pie delante del Señor de la tierra.

Aquí comienza en el texto un paréntesis interpretativo y es el autor mismo el que habla. A los testigos se los describe utilizando símbolos del AT, como dos olivos y dos candelabros, ubicados delante del Señor. Su actividad está en la presencia misma del Señor, nada se le esconde a su mirada. Así se entiende la defensa que se describe en el versículo siguiente.

Con la frase típica “estos son”¹⁵ se estimula, en el sujeto interpretante, el paso de la presentación simbólica a la identificación realista. El paso, aquí, como también en otros lugares, se efectúa aún en términos simbólicos, pero que tienen una cercanía, una adherencia mayor a la concreción real de la historia. Cuanto

¹⁴ Ver Vanni, *Apocalisse ...*, 395-396.

¹⁵ Ver Ugo Vanni, *L'Apocalisse: ermeneutica, esegesi, teologia*, (Bologna: EDB, 1991), 59 nota 61.

se dice pone a la figura simbólica de los dos testigos en relación más directa con la historia.

Veamos el contacto contextual con el profeta Zacarías (4,1-14), que en algunos puntos se vuelve literal: *y me preguntó: «¿Qué estás viendo?». Respondí: «Veo un candelabro de oro macizo, con un recipiente encima; tiene siete lámparas, a las que llega el aceite por siete tubos (4,2). Hay dos olivos junto a él, uno a la derecha del recipiente y otro a su izquierda» (4,3)... Le pregunté de nuevo: «¿Qué significan aquellos dos olivos a la derecha y a la izquierda del candelabro?» (4,11)... Entonces me dijo: «Son los dos ungidos que están al servicio del Señor de toda la tierra» (4,14). Los dos “ungidos” son Josué y Zorobabel. El autor del Apocalipsis identifica a los dos testigos tanto con los olivos como con el candelabro; de ellos se dice solamente que están delante del Señor, evitando con precisión otras alusiones. Por lo tanto, no hay que identificar a los dos testigos con los “dos ungidos” (Josué y Zorobabel) y que positivamente tienen una función permanente en el nuevo culto del nuevo pueblo de Dios.*

⁵ Y si alguien quiere hacerles daño, de su boca saldrá fuego que devorará a sus enemigos: así perecerá quien se atreva a hacerles daño».

El fuego y la destrucción serán los elementos con los que cuentan los testigos para combatir a sus adversarios. Las acciones en favor de sus semejantes que están sufriendo cuentan con el apoyo divino y cualquier obstáculo que las impida, se resolverán con la muerte de los atacantes, a los ojos de Dios, para quien nada queda impune. La muerte física no tiene la última palabra en la resolución de los problemas. Los dos testigos, profetas de la palabra de Dios, podrán servirse como de una fuerza irresistible contra sus enemigos. Los enemigos de los profetas “de este mismo modo” deberán perecer.

La capacidad de superación es una ley universal en el desarrollo de la salvación: se verificará “necesariamente”, según el plan de Dios, la derrota, la muerte de los que se contraponen hostilmente a los dos testigos.

La palabra de Dios, por lo tanto, que ellos expresan y manifiestan tiene una propia capacidad imparable de victoria, es irresistible; tiende a destruir el mal, concretizado en los enemigos, con los cuales los dos testigos combaten solamente mediante la palabra, como habían hecho Elías y Jeremías; esta victoria no se verificará esporádicamente, sino que tiene una continuidad propia, una infalibilidad propia: cualquier ataque a los dos testigos como expresión viva de la palabra de Dios se resuelve en la muerte de los atacantes.

La imagen de la Palabra de Dios como fuego combina dos ideas del AT: al poder trascendente relacionado con el profeta Elías (2Re 1,5-12) se le añade la fuerza misteriosa típica de la Palabra de Dios del profeta Jeremías (5,14). Esa fuerza irresistible de la Palabra de Dios que supera toda lógica y capacidad humana. También en el Apocalipsis, en un contexto de oposición, por iniciativa de los dos testigos, un fuego devora a los enemigos. Es propio de la visión de Dios que se transmite en la visión apocalíptica al autor del Libro.

⁶ Ellos tienen poder de cerrar el cielo para que no llueva durante el tiempo de su ministerio profético. También tienen poder para convertir las aguas en sangre y para herir a la tierra cuantas veces quieran con toda clase de plagas.

El versículo 6 concentra el poder de Dios que se manifestó en tantos grandes hombres del AT, como Elías, Moisés y Aarón. Elías, tiene la facultad de no hacer llover (1Re 17,1); también la fuerza, propia de Dios, comunicada a Moisés y a Aarón, está a disposición de los dos testigos, que pueden simbólicamente repetir todas las plagas de Egipto según su complacencia. Apoyan esta idea el texto de 1Sam 4,8: “*¡Pobres de nosotros! Antes no pasaba esto. Dios ha llegado al campamento. ¡Pobre de nosotros! ¿Quién nos librará de esos dioses tan poderosos? Son los mismos dioses que castigaron a Egipto en el desierto con toda clase de calamidades...»*”. Revive en los dos testigos la fuerza divina que acompañaba a Elías – se insiste repetidamente en una casi reviviscencia de Elías en ellos – como también la fuerza que Dios ponía en acto con Moisés y Aarón. La plenitud de esos poderes transmitidos a algunos seres humanos y perfeccionados por la participación en la resurrección de Cristo en el NT, que está orientada a la nueva creación.

⁷ Cuando hayan terminado de dar su testimonio, la Bestia que surgirá del Abismo les hará la guerra, los vencerá y los matará.

Ahora sí se mencionan a los contrincantes; por un lado, la bestia que surge del abismo y, por otro, los dos testigos. La bestia que representa la encarnación del mal que se va reeditando en cada generación con categorías políticas y los dos testigos de Cristo, que con sus vidas expresan su participación en el reino de Dios. El “testimonio” es todo lo que los dos expresan con las palabras y los hechos. Ejercen su reinado que, desde su bautismo, Jesucristo les participó. Se da la lógica de Dios: la experiencia del mal es sentida como muy superior a la experiencia de la gracia divina. Los adversarios podrán tener una preponderancia momentánea sobre ellos. Los adversarios no podrán influir sobre el desarrollo del testimonio, cualesquiera sean las modalidades concretas que asuma. Sin embargo, Dios transmite la certeza del apoyo de los suyos.

El autor del Apocalipsis toma su inspiración de Daniel (7,3 y 21) pero elabora después por cuenta propia la figura de la *bestia*. Las diversas bestias de Daniel están concentradas en una figura simbólica única: se trata, en la línea de Daniel, de un poder político organizado históricamente: pero, en el Apocalipsis, no se tiene la sucesión explícita de imperios indicada por Daniel. La *bestia* es única: la misma figura simbólica tiende a encarnarse una y otra vez en la historia.

Es una entidad política y, como tal, se inserta en la historia de los hombres. Pero tiene una misteriosa raíz demoníaca, dado que sube del “abismo” que es la sede de lo demoníaco, el “depósito” del mal¹⁶.

Con modalidades que a nivel humano permanecen parcialmente inexplicables, la “*bestia*” se contrapone polémicamente a los dos testigos. No los soporta, porque su “testimonio” va en sentido antitético a un estado que se hace adorar, y tiene de hecho una incidencia sobre la historia.

La contraposición, expresada en un dramatismo literario creciente, se vuelve hostilidad; que se desarrolla en una verdadera y propia guerra; la guerra se concluye con la victoria de la “*bestia*” y la victoria se expresa plenamente en la muerte de los dos testigos.

⁸ Sus cadáveres quedarán sobre la plaza de la gran Ciudad, llamada simbólicamente «Sodoma» y «Egipto», allí donde fue crucificado su Señor.

Los cadáveres de los dos testigos quedan sin sepultar y se encuentran, vistosamente, en la plaza de la “ciudad la grande”. Con esa denominación el Apocalipsis indica la figura simbólica de Babilonia que se concreta, pero sólo a título ejemplificador, con Roma (ver 16,16; 17,18; 18,10.16.18.19.20)¹⁷.

El autor interrumpe de nuevo el tenue hilo narrativo que sigue para dar a los oyentes una indicación interpretativa, por su importancia y dificultad, como ya hizo antes en los v. 4-6. La “gran ciudad”, la Babilonia símbolo de Roma, posee también otras dimensiones y otras posibilidades de concreción. Puede relacionarse también con “Sodoma”, por su corrupción; puede ser “Egipto”, como paradigma de esclavitud; puede ser incluso Jerusalén, porque allí Cristo fue crucificado. La lista la podemos seguir ampliando hoy en día, según nuestra experiencia actual de corrupción, impunidad, trata de personas, explotación salvaje de los

16 Ver Vanni, *Apocalisse ...*, 400.

17 Para una exposición detallada de Babilonia como ciudad y mujer hostil al mensaje de Cristo ver Claudio Bedriñán, *La dimensión socio-política del mensaje teológico del Apocalipsis* (Roma: Pontificia Università Gregoriana, 1996), 195-277.

recursos naturales...¹⁸. Podemos afirmar que si se ha realizado en Sodoma, se ha realizado en Egipto, se ha realizado en Jerusalén: podrá realizarse indefinidamente en el desarrollo de la historia.

La comprensión adecuada y la identificación de su correspondencia histórica concreta suceden *bajo la influencia del Espíritu*. El adverbio indica una gama de significado que va desde el sentido mínimo de “espiritualmente”, alegóricamente, más allá de la materialización geográfica, al sentido más pleno de “según el Espíritu” (ver 1Cor 2,14). Es, entonces, el influjo preciso del Espíritu que se actúa en la asamblea litúrgica, que permite a los oyentes que deben interpretar el captar el alcance de la figura simbólica de la gran ciudad y de individuar las concreciones históricas simultáneas de los oyentes.

Se alude en términos explícitos a la crucifixión de Cristo. El autor del Apocalipsis tiene siempre presente la pasión, pero no la describe, tampoco la ignora – como muestra la alusión a la crucifixión – los detalles concretos. Pero es típica aquí la idea de asociación. Los dos testigos, cualesquiera sean las modalidades de su muerte, participan en la crucifixión de Cristo y la prolongan en el tiempo. En este sentido se puede decir que han sido crucificados tanto ellos como su Señor¹⁹.

⁹ Gentes de todos los pueblos, razas, lenguas y naciones contemplarán sus cadáveres durante tres días y medio, y no permitirán que nadie los sepulte.

El cadáver de los dos testigos es la prueba de la victoria en principio evidente. Con un compromiso de alcance enfáticamente universal se contempla esta victoria que aparece definitiva como la irreversibilidad misma de la muerte. Sin embargo, existe en esta victoria visualizada, un punto débil: la duración de “tres días y medio” que está aludiendo a la parcialidad y la provisoriedad.

Se resalta el hecho de que “los cuerpos” de los dos permanecen así como están, sin que se permita la sepultura. Este gesto, según la mentalidad griega y latina, muestra una particular saña. Pero el contexto, que acentúa la hostilidad más radical entre las fuerzas de Cristo y las otras, muestran con los cadáveres la victoria sobre ellos o su derrota.

18 Ver Claudio Bedrián, «Contro quelli che rovinarono la terra; Saggio di Teologia Politica», en *APOKALYPSIS; Percorsi nell'Apocalisse di Giovanni Scritti in onore di U. Vanni, S.J.*, ed. por Elena Bosetti y Angelo Colacrai (Assisi: Cittadella Editrice, 2005), 594-615; versión castellana: «Juicio a los que arruinaron la tierra; Ensayo de Teología Política», *Soleriana* 25 (2006) 59-81.

19 Ver Vanni, *Apocalisse ...*, 401.

¹⁰ Los habitantes de la tierra se alegrarán de su derrota, festejarán e intercambiarán regalos, porque estos dos profetas constituían un tormento para ellos.

La acción profética de los dos testigos – aquí denominados explícitamente *estos dos profetas*: resultan tales por su actividad desarrollada – ha molestado, “atormentado” (ἐβασάνισαν: “atormentaron”, “pusieron a prueba”) a los hombres en su vida terrena: se insiste en la denominación “habitantes sobre la tierra”, al inicio y al final del versículo.

Existe una “lógica” terrena, inmanente, de la vida: la acción profética de los dos testigos, hablando con la fuerza irresistible de la palabra de Dios y proyectando una nueva realidad, una nueva creación, altera esta lógica inmanente y la pone en crisis. Los hombres resisten, se defienden: y cuando la estructura moralmente negativa del poder (la “bestia”, el estado que se hace adorar) elimina a los dos testigos incómodos, hay, siempre a nivel de la lógica terrenal, una alegría exultante: los hombres, liberados del tormento de los dos profetas, expresan – según un cuadro antropológico particularmente detallado – su alegría en términos de fiesta: *se alegran, se regalan mutuamente*.

En términos más generales, interpretando estos datos simbólicos, se puede concluir: según el Apocalipsis hay a nivel de la existencia concreta de los hombres como una tendencia a organizarse fuera de la trascendencia, en un sistema “inmanente”, que encontrará en el esquema teológico de la Babilonia consumista su expresión más clara (ver Ap 17–18)²⁰. Este sistema cerrado es atacado y perturbado por la presentación de la Palabra de Dios, por la perspectiva de una renovación que supera el nivel puramente humano e inmanente. La primera reacción por parte del sistema inmanente es la de defenderse a sí mismo, eliminando a sus opositores. Cuando de hecho la oposición que ponía en crisis ha desaparecido, se siente una alegría totalmente terrena.

¹¹ Pero, pasados los tres días y medio, *un soplo de vida* procedente de Dios *entró en ellos, se pusieron de pie* y un gran temor se apoderó de quienes los veían.

El epílogo inesperado de la trama de los dos testigos se presenta con agudeza literaria: a la trama propia (resurrección: 11b; ascensión al cielo: 12a) se le intercala la reacción de quienes se alegraban por su muerte (“ven”: 11c; 12b).

20 Para un examen detallado de Ap 17 y 18. Ver Claudio Bedriñán, *Babilonia la ciudad corrupta. Estudio de teología bíblica basado en Apocalipsis 17 y 18*, (Montevideo: Gráficos del Sur, 1997).

Se trata de tres días y medio, símbolo aritmético, como ya observamos, de la parcialidad. Hay que notar el artículo delante de “días”: se trata de aquellos tres días y medio establecidos por Dios, por cuanto se refiere al triunfo parcial de lo “terreno”.

La acción milagrosa de Dios, autor de la vida, se expresa como “un Espíritu de vida”, en referencia al profeta Ezequiel: *Yo profeticé como el Señor me había mandado y el espíritu penetró en ellos. Volvieron a la vida y se pusieron de pie. Era una muchedumbre inmensa* (Ez 37,10)²¹.

Es la resurrección, descrita en la línea de Ezequiel como una intervención de Dios que comunica su vida, es decir, a la que había sido la privación de la vida infligida a los dos testigos, cualesquiera hayan sido sus modalidades y el grado, se contrapone una participación en la vida de Dios que supera en una maximización de vida donada cuanto había sido quitada por los hombres.

El “espíritu de vida” precisamente por el añadido de “vida” respecto al modelo inspirador de Ezequiel hay que entenderlo, al menos genéricamente, en la línea de la acción del Espíritu Santo que, en el ámbito teológico paulino, es el realizador de la plenitud de vida de la resurrección.

La resurrección es presentada, según el cuadro del simbolismo antropológico del Apocalipsis, como un “estar de pie”²²: eso indica actividad, vitalidad y capacidad de iniciativa.

La “resurrección” descrita, la comunicación de una vitalidad por parte de Dios que supera la “muerte” sufrida, se destaca, se ve y provoca un sentido de agudo desagrado, hace saltar el sistema inmanente terreno que había aparecido ya fuera de peligro y había sido celebrado: a la alegría le sucede un “gran temor” que toma de sorpresa (“cayó sobre”). No se trata de un “temor” de Dios, en el sentido de un terror opresivo delante de su potencia (como, por ejemplo, en 6,15-17); se trata de una sorpresa, de un asombro que, provocando el sentido de lo trascendente, de lo divino por encima del mero nivel terreno, produce un ámbito de aceptación que hará posible la conversión y la glorificación de Dios (ver v. 13b)²³.

¹² Oyeron entonces una gran voz del cielo que les ordenaba: «¡Suban acá!». Y subieron al cielo en la nube, a la vista de sus enemigos.

21 Con mucha probabilidad, la referencia a la vida, se inspire también en Gen 6,17; 7,15.22.

22 Ver Vanni, *L'Apocalisse: ermeneutica ...*, 48 nota 42.

23 Ver el artículo sobre profetas y profecía en el Apocalipsis: Ettore Franco, «Profeti e profezia nell'Apocalisse», en *APOKALYPSIS; Percorsi nell'Apocalisse di Giovanni Scritti in onore di U. Vanni, S.J.*, ed. por Elena Bosetti y Angelo Colacrai, (Assisi: Cittadella Editrice, 2005), 335-369 esp. 365-368.

Después de la resurrección tenemos el ascenso al cielo, al ámbito de la trascendencia, que los enemigos habrían querido excluir. La voz particularmente poderosa – literalmente “grande”, lo que en el Apocalipsis indica una grandeza excepcional que después el contexto, mediante la interacción del sujeto interpretante, especifica ulteriormente – posee un sujeto indeterminado: podría tratarse de la voz de Dios, de Cristo resucitado, de un “viviente”. Un cierto paralelismo con 4,1 sugiere que se trata precisamente de la voz de Cristo resucitado (ver más arriba).

La voz, hablando desde la trascendencia, da la orden de subir hacia la misma trascendencia desde la cual se habla: “acá” es relativo a la persona que está hablando.

A la invitación sigue el hecho de “subir”. El hecho sucede con una modalidad descriptiva, la nube, sobre la cual se insiste (como nos muestra el artículo). La nube, en el contexto de la ascensión al cielo, por una parte alude a la ascensión de Cristo (Hch 1,9: *...y una nube le ocultó a sus ojos*), por otra, según un valor simbólico propio constante, en el Apocalipsis y en el NT, indica el punto de paso entre la inmanencia y la trascendencia. La ascensión al cielo propia de la nube típica de esta situación une a los dos testigos con la ascensión de Cristo que acontece mediante un paso irreversible desde el nivel terreno al celestial.

Tanto el temor (ver el versículo precedente) como la acción de ver por parte de los “enemigos” sitúan el episodio de la resurrección y ascensión en la fase pre-escatológica. Los “enemigos”, perturbados por el “temor” y por la constatación de esta resurrección-ascensión, se disponen a convertirse.

La resurrección-ascensión se verifican en la historia de la salvación que se desarrolla y no hay que entenderlas como descripciones realistas. Bajo el perfil estrictamente realista podemos hablar de un contacto entre la inmanencia y la trascendencia, referido al evento pascual de Cristo, que se actúa significativamente en la historia.

¹³ Y en esa misma hora se produjo un violento terremoto, se derrumbó la décima parte de la ciudad y perecieron siete mil personas a causa del terremoto. Los sobrevivientes, llenos de temor, glorificaban al Dios del cielo.

Se establece una relación de estrecha simultaneidad “en aquella misma hora” entre cuanto se dice y cuanto se había dicho inmediatamente antes. Se agrega una mayor explicitación y elaboración del símbolo de la resurrección y ascensión.

El terremoto tiene una importancia particular en el simbolismo bíblico. Indica una intervención de Dios que hace sentir su presencia transformadora en

la historia humana. Cuando, como aquí, el terremoto se lo llama “grande”, se subraya la incidencia, la peculiaridad de la intervención de Dios a la que se refiere y que expresa.

Se vuelve a la “ciudad”, protagonista ambiental de todo el episodio. No se señala de qué ciudad se trata: no es de Roma, ni de Jerusalén, ni ninguna otra ciudad entendida en sentido geográfico preciso. Es simplemente, la “convivencia” donde se encuentran juntos los “enemigos” y los dos testigos.

Construyendo con coherencia continuada su cuadro simbólico, el autor dice que, seguidamente al terremoto, una pequeña parte de la ciudad se derrumba y que bajo los escombros pierden la vida 7.000 personas, probablemente una décima parte del total de la población.

Los demás, la gran mayoría (las 9 partes restantes de 10), son alcanzados desde su interior por un sentido de temor con el significado indicado en el versículo 11. Como resultado de este sentido de temor *dan gloria al Dios del cielo*, reaccionan, reconociendo al Dios trascendente – en forma de celebración, de reconocimiento, de conversión – en aquel mensaje que Dios les había enviado mediante su intervención en su historia.

Se debe agregar también que el terremoto tiene el valor simbólico de una intervención activa de Dios en la historia, y que busca transformar; esta intervención se hace sentir, se concreta, incide en la vida de los hombres, ya que dándose cuenta, se convierten a Dios. Unido como está, por la estrecha simultaneidad cronológica, a la resurrección y ascensión de los dos testigos, el terremoto simbólico ilumina y clarifica el símbolo tanto de la resurrección como de la ascensión. Dios no deja la “ciudad” en manos del sistema terreno, interviene y tiende a cambiar. Una concreción verificable de esta intervención será también una superación inesperada de la muerte a ellos infligida, de la situación de derrota sufrida por los dos testigos. Este cambio de posición, histórica y sociológicamente verificable, representará para los que lo observan, una apertura y un ingreso de la trascendencia de Dios en el sistema cerrado del hombre.

Un caso típico de disolución de los cánones que rigen el sistema temporal lo ofrece la secuencia de los verbos correspondiente a Ap 11,3-12. En primer lugar nos encontramos una serie de futuros (Ap 11,7-9: “la bestia les hará la guerra, los vencerá y los matará”), luego una cadena de presentes (Ap 11,10-11a: “los habitantes de la tierra se alegran, hacen fiesta, se dan regalos”); finalmente, los pasados (Ap 11,11b-13: “quienes los veían les asaltó un gran temor... oyeron una gran voz... se produjo un gran terremoto, se derrumbó... dieron gloria a Dios”). Hay que observar que la secuencia de los tiempos verbales refleja exactamente el

orden inverso al de una sucesión temporal regular (es decir, compuesta a partir de la linealidad comprendida en el pasado, presente y futuro). En numerosas ocasiones dentro del Ap sucede que es casi imposible situar exactamente en el tiempo los hechos descritos, debido a la caprichosa mezcla de distintas formas verbales dentro de la misma secuencia narrativa²⁴. Podríamos decir que, en tales casos, la ordenación gramatical se hace tema dando origen a un tipo de comunicación que supera los cauces normales del prosaico decir, adentrándose en los ámbitos de la intuición poética o de la expresión mística. Con este procedimiento el autor logra separar un cierto episodio de los esquemas históricos usuales, alcanzando en su composición unos resultados literarios tan elevadamente estilizados desde el punto de vista estético que sitúan su relato en los límites de la verosimilitud²⁵.

¹⁴ El segundo «¡Ay!» ha pasado, pero de inmediato viene el tercer «¡Ay!».

Ap 8,13 anunciaba un triple “ay”, unido a los últimos toques de trompeta. Después de la quinta trompeta el autor señala que se trata del primer “ay” y que los dos siguientes “llegan” (9,12); luego tenemos la sexta trompeta (9,13-21), seguida de su respectivo desarrollo (10,1-11,13). Y se dice que es el segundo “ay”. El tercero, pues, no puede demorar. Pero el autor parece olvidarse de este esquema de tres partes que se superpone con el septenario: de hecho ya no habla del tercer “ay”. La explicación más verosímil, teniendo en cuenta el plan anunciado en 8,13 (tres “ayes” y tres trompetas) consiste en identificar el tercer “ay” con la séptima trompeta. Si es legítimo continuar con esta hipótesis, dice Prigent, se comprende bastante bien la razón de porqué renunció a subrayar la identidad del tercer “ay” con la séptima trompeta: efectivamente ésta en lugar de anunciar nuevas catástrofes (y por tanto un nuevo “ay”) da origen a un cántico de acción de gracia²⁶.

24 Angelo Lancellotti, *Uso delle forme verbali nell'Apocalisse alla luce della sintassi ebraica*, (Assisi: Pontificia Università Urbaniana), 15-16: “Ciò che sconcerta di più nell'Apocalisse è l'uso dei tempi... troviamo passi in cui il futuro è mescolato illogicamente al presente e all' aoristo, il presente insieme al passato o futuro; e inoltre l' aoristo con il presente o il futuro; e ciò in una maniera così intricata, che a volte rimane quasi impossibile l' esatta collocazione nel tempo dei fatti narrati”. Cita como ejemplos Ap 11; Ap 4; Ap 3,8-9. En cuanto a la confusión de los modos, menciona Ap 3,9; Ap 4,9; Ap 9,5; Ap 22,14.

25 Ver José Fernando Toribio Cuadrado, *Apocalipsis: estética y teología*, (Roma: Editrice Pontificio Istituto Biblico, 2007), 116s.

26 Ver Pierre Prigent, *L'Apocalisse di Giovanni*, (Roma: Borla, 1985), 339.

4. Conclusión agradecida

¿Quiénes son los dos testigos o, mejor, quienes quiero que sean hoy los dos testigos en este momento histórico que nos toca vivir?

Tuvimos ocasión de dar algunas respuestas “negativas”, sobre quienes son. Dadas las referencias múltiples a distintos personajes del AT no podemos identificar a los dos testigos con ninguno de ellos en sentido exclusivo lo que resultaría limitante, y por lo mismo agotaría la capacidad significativa del símbolo.

Por cuanto se refiere al NT vale un discurso análogo: las referencias geográficas que llevarían a localizar en Roma (y entonces surgiría la hipótesis de Pedro y Pablo) son simbólicas. O sea, han padecido ese proceso de significado diverso que las elevaría de la cruda realidad al ámbito propio de la simbolización.

Pudieron haber existido hechos y personajes reales que han ofrecido al autor la matriz inspiradora de partida y que de todas maneras permanecen indeterminados e hipotéticos; pero el punto de llegada del que nos ocupamos sí tiene, respecto a cualquier elemento inspirador geográfica e históricamente realizado, una formulación nueva. Además, el intercambio de la ciudad que hemos analizado confirma que el autor no se refiere, en su formulación final, a ninguna de ellas en particular.

Si no se pueden dar a los dos testigos los nombres y los lugares de dos personajes tomados del ámbito cultural del autor, tampoco se puede aceptar sin dudas una generalización que se resuelva sólo en un tema teológico, como la eficacia de la palabra de Dios, su dinamismo, la capacidad de dar testimonio de la iglesia, etc. El hecho de que los testigos sean dos, como hemos observado, impide el trasladarse, por la “concentración” que comporta, al plano abstracto de una idea.

Se abre, en consecuencia, un espacio que parece el único transitado: los dos testigos expresan una realidad que está a mitad de camino entre un hecho exclusivamente individual y una generalización universal.

Hay que destacar, a este propósito, el contexto de fondo de todo el episodio: es la historia del hombre sentida en lo concreto de su realización, como resulta también de la amplitud del uso del simbolismo antropológico.

En lo concreto de la historia surgen dos sistemas: una lógica terrestre, “inmanente”, que se cierra en su autosuficiencia, y se organiza en estructuras de poder que culminan en el estado que se hace adorar. Al sistema cerrado e inmanente se contraponen un sistema abierto a la trascendencia: es el del pueblo de Dios, que forma parte de la ciudad santa, reza, cree, revive los acontecimientos de Cristo. La contraposición entre los dos sistemas se vuelve lucha: el sistema terreno, pre-

cisamente porque inmanente y cerrado, no acepta al otro y tiende a suprimirlo con violencia²⁷.

En este momento se insertan los dos testigos. Ellos desempeñan, “profetizando”, una acción sobre los dos frentes contrapuestos de ambos sistemas. Por cuanto se refiere al sistema abierto a la trascendencia, la acción profética de los dos testigos consiste en un refuerzo de los valores típicos de dicho sistema. Los testigos, expresión concentrada de estos valores, los manifiestan en términos de culturalidad (“olivos”, “candelabros”), de abandono en la palabra de Dios, de participación en el misterio pascual (muerte y resurrección) de Cristo.

El sistema inmanente los encuentra, obviamente, en posición de antítesis. Ellos tienden a ponerlo en crisis, “atormentan”, hacen entrever y realizan ya un nuevo orden de cosas. No obstante ser víctimas, logran después aparecer con una vitalidad propia que se impone hasta posicionarse.

El enfrentamiento entre los dos sistemas encuentra en los testigos al mismo tiempo una expresión puntualizada y una superación. Ellos no se identifican con el sistema abierto a la trascendencia. Su vestimenta de sayal los distingue y los aísla un poco también del sistema sobre el cual ejercen una presión de estímulo, representada por Babilonia. Distinguidos de alguna manera de la masa a la que pertenecen sus rasgos característicos son reconocibles en grandes figuras del AT: Josué, Zorobabel, Elías, Moisés, Aarón. Son reconocibles en Cristo mismo, del cual prolongan y extienden en el espacio y en el tiempo la muerte y la resurrección. Expresan, para el propio sistema y para el contrapuesto, una constelación variable de valores: oración, fuerza de la palabra de Dios, nueva creación, dinámica del misterio pascual. Considerados como constelaciones de valores de distintas composiciones, son incluso esquemas vacíos que corren el riesgo de esfumarse en la abstracción. Es necesario – y será esta la tarea del sujeto interpretante – dar también los nombres, que harán que los esquemas se vuelvan concretos y perceptibles por todos. Pero estos nombres no podrán ser exclusivos: deberán variar según las circunstancias y las experiencias propias del grupo de

27 Téngase en cuenta que la batalla final entre el bien y el mal en el lugar llamado Armagedón, aunque haya sido objeto de tanta ficción cinematográfica, no se produce de forma violenta, sino que se describe como una “implosión” del mal. Se desactiva el mal, se deja sin vitalidad, por fuerza del Cordero. Ver Claudio Bedriñán, «La guerra en el Nuevo Testamento. El Harmagedón (Ap 16,16), escenario de la batalla final», en ¡Nunca más la guerra, es el grito de la paz!; Estudios para construir una auténtica cultura de la paz, ed. por Luis H. Rivas et al., (Buenos Aires: Ed. Claretiana, 2013), 80-103.

los oyentes. Deberán, por decir así, llenarse y vaciarse enseguida, para dejar el espacio a otras concreciones²⁸.

Hoy, es mi intención, con este artículo expresar un reconocimiento y agradecimiento a los que estuvieron combatiendo en primera línea al virus que en el año 2020 se convirtió en pandemia – expresan cada uno a su modo un conjunto de valores, se contraponen al “sistema cerrado”, son sus víctimas, tienen una supervivencia misteriosa de resurrección que, expresando la trascendencia, ejerce un influjo de crisis benéfica también sobre sus adversarios. Los dos testigos, como símbolos vacíos, nos permiten llenarlos de rostros de personas concretas. El Papa Francisco hacía referencia de ellos de esta manera: “Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia ti, Señor, y hacia los demás. Y podemos mirar a tantos compañeros de viaje que son ejemplares, pues, ante el miedo, han reaccionado dando la propia vida. Es la fuerza operante del Espíritu derramada y plasmada en valientes y generosas entregas. Es la vida del Espíritu capaz de rescatar, valorar y mostrar cómo nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes – corrientemente olvidadas – que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último show pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo”²⁹.

Resumiendo: los “dos testigos” presuponen la plena validez y eficiencia de los “valores” del pueblo de Dios. Representan una óptima concreción, que hay que revisar cada vez en aquellos personajes concretos que surgen y se volverán significativos tanto para el pueblo de Dios como para las fuerzas hostiles, contribuyendo así al desarrollo hacia delante de la historia de la salvación. En el punto de llegada de esta, la “ciudad”-convivencia será perfecta y el dualismo entre los dos sistemas contrapuestos se superará en una dimensión terrena nueva y en una “trascendencia” que penetrará por sí misma la ciudad renovada.

El episodio de los “dos testigos” (11,3-13) muestra cómo cuando los exponentes del “sistema terreno” –“la bestia que sube desde el abismo”, 11,7– habían eliminado violenta y vistosamente a los dos testigos (11,9-10), un hálito de vida

28 Ver Vanni, *Apocalisse ...*, 409.

29 Francisco, *La vida después de la pandemia*, (Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2020), 22-23.

reanima inesperadamente sus cuerpos y ellos, ante los ojos asombrados de sus adversarios, se ponen de pie y se les invita luego a subir al cielo (11,11-12). Este hecho sacude al sistema terreno hasta provocar la conversión de sus adversarios (11,13). Se trata de un episodio paradigmático, casi de una parábola, para subrayar la eficacia real e incisiva que, precisamente después de sus muertes físicas, los “dos testigos” ejercen en el ámbito de la historia de los hombres³⁰.

No olvidemos a estas personas que se destacaron, sin prepararse previamente, en la defensa de la vida que se vio amenazada de improviso³¹.

Bibliografía

Bedriñán, Claudio. «Contro quelli che rovinarono la terra; Saggio di Teologia Politica». En *APOKALYPSIS; Percorsi nell'Apocalisse di Giovanni Scritti in onore di U. Vanni, S.J.*, editado por Elena Bosetti y Angelo Colacrai, 594-615, Assisi: Cittadella Editrice, 2005.

———. «Juicio a los que arruinaron la tierra; Ensayo de Teología Política», *Soleriana* 25 (2006) 59-81.

———. «La guerra en el Nuevo Testamento. El Harmagedón (Ap 16,16), escenario de la batalla final». En ¡Nunca más la guerra, es el grito de la paz!; Estudios para construir una auténtica cultura de la paz, editado por Luis H. Rivas et al., 80-103, Buenos Aires: Ed. Claretiana, 2013.

———. *Babilonia la ciudad corrupta. Estudio de teología bíblica basado en Apocalipsis 17 y 18*, Montevideo: Gráficos del Sur, 1997.

———. *La dimensión socio-política del mensaje teológico del Apocalipsis*, Roma: Pontificia Università Gregoriana, 1996.

30 Ugo Vanni, «Il regno millenario di Cristo e dei suoi [Apoc 20,1-10]», *St Miss* 42 (1993) 81. Ver para una documentación actualizada y una nueva propuesta interpretativa, Paolo Byong-Seob Min, *I due testimoni di Apocalisse 11,1-13: storia, interpretazione, teologia*, (Roma: Pontificia Università Gregoriana), 1991.

31 “(La Iglesia) se ve impulsada por el Espíritu santo a poner todos los medios para que se cumpla efectivamente el plan de Dios, que puso a Cristo como principio de salvación para todo el mundo [...] Con su trabajo consigue que todo lo bueno que se encuentra sembrado en el corazón y en la mente de los hombres y en los ritos y culturas de estos pueblos, no sólo no desaparezca, sino que se purifique, se eleve y perfeccione para la gloria de Dios, confusión del demonio y felicidad del hombre” (LG 17).

Byong-Seob Min, Paolo. *I due testimoni di Apocalisse 11,1-13: storia, interpretazione, teologia*, Roma: Pontificia Università Gregoriana, 1991.

CELAM, *Biblia de la Iglesia en América*, Washington DC: PPC, 2019.

Dalrymple, Rob. «The Use of kai, in Revelation 11,1 and the Implications for the Identification of the Temple, the Altar, and the Worshipers», *Biblica* 87 (2006): 243-50.

Francisco, *La vida después de la pandemia*, Città del Vaticano 2020

Franco, Ettore. «Profeti e profezia nell'Apocalisse». En *APOKALYPSIS; Percorsi nell'Apocalisse di Giovanni Scritti in onore di U. Vanni, S.J.*, editado por Elena Basseti y Angelo Colacrai, 335-369, Assisi: Cittadella Editrice: Assisi, 2005.

Jauhianinen, Marko. «The Measuring of the Sanctuary Reconsidered», *Bib* 83 (2002) 507-526.

Lancellotti, Angelo. *Uso delle forme verbali nell'Apocalisse alla luce della sintassi ebraica*, Assisi: Pontificia Università Urbaniana, 1964. «»

Prigent, Pierre. *L'Apocalisse di Giovanni*, Roma: Borla, 1985.

Strand, Kenneth Albert. «The Two Olive Trees of Zechariah 4 and Revelation 11», *AUSS* 20 (1982): 257-61.

Toribio Cuadrado, José Fernando. *Apocalipsis: estética y teología*, Roma: Editrice Pontificio Istituto Biblico, 2007.

Vanni, Ugo. *Apocalisse di Giovanni II*. Editado por Luca Pedroli. Assisi: Citadella Editrice, 2018.

———. *L'Apocalisse: ermeneutica, esegesi, teologia*, Bologna: EDB, 1991.

———. «Il regno millenario di Cristo e dei suoi [Apoc 20,1-10]», *St Miss* 42 (1993), 67-96.